

Acto de entrega del premio “Economista 2019”, otorgado por el Colegio Vasco de Economistas

Bilbao, 3 de octubre de 2019

Koldo Unceta Satrústegui

Quiero, antes de nada, deciros que me siento muy contento, y muy honrado, con este premio que me habéis concedido. Por ello, lo primero es deciros, gracias, muchas gracias, al Colegio, y de manera muy especial a Itziar Azkue. Eskerrik asko, benetan, bihotz bihotzez.

Ayer miércoles cumplí 65 años, y al finalizar este curso académico me jubilaré. Es por tanto un bonito regalo de cumpleaños que hayáis querido reconocer, justo en estas fechas, el trabajo realizado a lo largo de casi cuatro décadas. Un trabajo que, como sabéis, ha estado centrado principalmente en el estudio de algunos temas –el desarrollo, la cooperación internacional, y el sistema económico mundial- que, por otra parte, no son los que suelen ocupar el lugar central en los debates de la profesión.

Es curioso porque, hablando de estos temas a los que más he dedicado mi trabajo, unos pocos días antes de que me comunicaran la concesión de este premio, había leído la Encuesta del Ekonómetro publicada por el Colegio de Economistas el pasado mes de junio. La encuesta, como sabéis, había centrado esta vez su atención en el conocimiento por parte de los y las economistas del País Vasco de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, aprobados por las NN. UU. en 2015.

Pues bien, en ese Ekonómetro del Colegio, se revelaba que tan sólo el 6,4% de los economistas vascos encuestados conocía los ODS y las metas asociadas a ellos. Un 24,9% manifestaba conocer alguno o algunos de esos Objetivos. El resto, casi el 70%, reconocía que, o no sabía nada acerca de los mismos, o tan sólo había oído hablar de ellos alguna vez.

¿Qué supone esto en la práctica? Pues que, si extrapolamos los datos al conjunto de la profesión, lo cual no parece muy arriesgado, la inmensa mayoría de los y las economistas del País Vasco, más del 90% (trabajen donde trabajen, ya sea en la administración pública, en empresas privadas, en el sector financiero, o en otro tipo de entidades), toman sus decisiones, o elaboran sus informes, al margen de la Agenda Internacional conformada por los ODS. Y aunque debo reconocer que el dato no me extrañó en exceso, la verdad es que resulta un tanto provocador verlo así, publicado en un informe como el Ekonómetro. Por ello, me ha parecido oportuno centrar mi intervención de hoy en este asunto.

¿Cómo interpretar que la mayoría de los economistas vascos permanezca tan alejada de una cuestión crucial para el futuro de la vida económica y social en el planeta, como es la Agenda 2030 y los Objetivos contemplados en ella?

Los 17 Objetivos de Desarrollo aprobados por las NN. UU. en 2015 representan de algún modo el horizonte que debería marcar el conjunto de decisiones económicas y políticas que los agentes, tanto públicos como privados, tendrían que tomar en los próximos meses y años para poder avanzar hacia un mundo viable, tanto socialmente, como ecológicamente o, si preferís, para tratar de evitar que el mundo se deslice por una peligrosa pendiente que acabe en un desastre colectivo de violencia social y caos ecológico. Como algunos ya sabéis, estos 17 Objetivos contienen, además, una serie de metas específicas, 169 en total. Y, a su vez, la manera de evaluar el cumplimiento de estas metas está pautada mediante un amplio número de indicadores, que por el momento suman 238, y que cada país y territorio debe concretar y adaptar.

Entre los objetivos y metas, que deberían alcanzarse para 2030, se encuentran asuntos tales como el acceso universal al agua potable y al saneamiento; la creación de empleo decente; la reducción de las desigualdades; la lucha contra el cambio climático, o la necesidad de poner en marcha sistemas de producción y de consumo alternativos a los actuales, garantizando que sean realmente sostenibles. Por tanto, los ODS son como los pilares de un plan de acción, para intentar abordar, de manera coordinada, la crisis global en la que estamos sumidos.

El problema, como todos sabemos, es que, casi nada de todo esto trasciende al día a día de nuestras instituciones, entidades y empresas. Los gobiernos han reconocido, y han firmado incluso documentos, en los que se dice que los actuales modelos de producción y consumo no sirven, pero –más allá de algunas pequeñas señales de esperanza que surgen de tarde en tarde- lo cierto es que apenas hacen planes o toman medidas para actuar en la dirección marcada por los ODS. En el mejor de los casos, algunas instituciones y entidades dicen hacer suyos los ODS y organizan campañas publicitarias para difundirlos, como si su mera difusión fuera la varita mágica que permitiera que se cumplan.

Y por lo que se refiere al ámbito privado, lo cierto es que la mayoría de las empresas permanece totalmente al margen de estos debates. Para que os hagáis una idea, a escala mundial existe desde hace casi una veintena de años una red –que se llama Global Compact- que agrupa en la actualidad a más de 10.000 entidades de todo el mundo, y que tiene como teórica misión implicar al tejido empresarial en los grandes retos planteados por las NN. UU. en relación a los Derechos Humanos, la Equidad de Género, o la Sostenibilidad.

La filial española de Global Compact es la Red Española del Pacto Mundial, y en esta red participan 662 empresas y entidades, 37 de las cuales son del País Vasco. Como veis, hablamos de cifras insignificantes, sobre todo si tenemos en cuenta los cientos de miles de empresas existentes en España, o las más de 50.000 registradas en el País Vasco.

Además, como podéis suponer, la mayoría de esas 37 entidades del País Vasco, o bien son grandes grupos empresariales; o bien empresas públicas o semipúblicas; o bien asociaciones empresariales, o incluso fundaciones. No hace falta ser un agudo observador para darse cuenta que, buena parte de estas 37 entidades vascas, se plantean su vinculación con Global Compact, o con los ODS, como parte de su política

de imagen. De hecho, los informes realizados hasta la fecha en España para analizar el compromiso de estas entidades con los ODS, basados en examinar sus memorias de sostenibilidad, así lo acreditan. A veces surgen noticias esperanzadoras en este campo. Por ejemplo, os diré que el pasado marzo, el Gobierno vasco firmó un acuerdo con la Red Española del Pacto Mundial, y con las patronales CEBEK, SEA y ADEGI para implementar los ODS en el tejido empresarial vasco. Sin embargo, no se tienen datos sobre cambios reales realizados al calor de ese acuerdo, por lo que podría quedarse, de nuevo, en otro intento frustrado.

Resumiendo. A día de hoy, y viendo todo lo que hay, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el mundo empresarial –en el que trabajan la mayoría de los y las economistas- permanece también muy alejado de los ODS, y de todo lo que representan. Por tanto, no resulta demasiado extraño el resultado de la encuesta publicada por el colegio el pasado mes de junio.

Ahora bien, ante este panorama, me gustaría compartir con vosotros y vosotras algunas preguntas e inquietudes ¿Tenemos los economistas, como sector profesional, algo específico que decir o que hacer para contribuir al cumplimiento de la Agenda 2030 y los ODS? ¿Estamos capacitados para trabajar, desde nuestras respectivas y variadas responsabilidades, en el impulso de los ODS por parte de las instituciones, empresas y entidades en las que desempeñamos nuestra labor?

Es verdad que la nuestra es una profesión muy variada. Somos un colectivo muy amplio que trabaja en distintos sectores empresariales, en el mundo de las finanzas, en instituciones públicas, en entidades sin fines de lucro, en la universidad, y en muchos otros lugares. Es difícil, pues, hablar de los economistas en general.

Además, la inmensa mayoría de la profesión está conformada por economistas del mundo de la empresa, lo cual es un dato importante. Esto ya lo hizo notar un ilustre economista vasco, Roberto Velasco, en un brillante ensayo publicado hace 20 años. Aquél libro, que se titulaba *“Los economistas en su laberinto”*, reflexionaba sobre los problemas y contradicciones a los que se enfrentan los economistas, y subrayaba esa distinción fundamental entre los economistas que deben proponer alternativas para el funcionamiento social en su conjunto –los que a veces son, o somos, llamados macroeconomistas-, y aquellos otros que toman decisiones o elaboran propuestas para el ámbito más reducido de la empresa o de la entidad para la que trabajan.

Lo cierto es que esa gran mayoría de economistas que trabajan en el mundo de la empresa, se ven abocados a lograr resultados, cada vez más exigentes, en entornos cada vez más complejos y competitivos; y se ven abocados a contribuir, desde su puesto de trabajo, a incrementar la rentabilidad de sus empresas al margen incluso del impacto social de los bienes o servicios producidos. Dicho de otra forma, se ven abocados a trabajar, al margen de lo que puedan decir o dejar de decir los ODS.

En un artículo publicado hace unos días en The Guardian se analizaba el proceso por el que en muchas compañías y corporaciones el objetivo de la rentabilidad financiera se había ido imponiendo paulatinamente al de la eficiencia social. Tomando como ejemplos

algunas grandes compañías industriales, se apuntaba a que las opiniones y propuestas de los ingenieros en el plano productivo y organizativo, habían sido sustituidas por las decisiones de economistas y gestores formados en determinadas Escuelas de Negocios, para quienes el único objetivo es la rentabilidad financiera, al margen por completo de la eficiencia social. Los escándalos de Volkswagen con los motores diésel, o el de los aviones de Boeing, serían algunas muestras de todo ello.

Sin embargo, esta manera de afrontar el ejercicio de la profesión, cada vez más alejada de la idea aristotélica de la Economía –que como sabemos, en su raíz griega, viene a significar la buena administración de la casa-, y cada vez más cercana a una idea de la crematística alejada del beneficio social, esta forma de entender la economía, digo, no se queda sólo en el ámbito de lo micro o en el mundo de las empresas. Se trata por el contrario de una visión que afecta al conjunto de la profesión, incluidos aquellos que trabajamos en distintos tipos de entidades o instituciones, y a aquellos que, desde el ámbito macroeconómico, contribuimos a crear el ambiente intelectual y el marco de actuación en el que se tienen que desenvolver los distintos agentes.

Me parece importante subrayar que, desde el ocaso del keynesianismo de finales de los 70 hasta llegar a nuestros días, se ha venido imponiendo un pensamiento económico monocorde, centrado en la idea de una sociedad en la que sólo el valor de cambio de las cosas –es decir, su valor de mercado- debe constituir la referencia a considerar, más allá de los impactos que ello pueda tener sobre la convivencia social o el medio ambiente. Y lo que es aún peor, los economistas nos hemos llegado a creer que, desde esos presupuestos, poseemos una doctrina y un cuerpo de ideas capaz de ofrecer respuestas, por sí mismo, a los problemas que la sociedad tiene planteados.

Hace unos días, una persona tan poco sospechosa como Jose Luis Escrivá, que ha trabajado para el Banco de España, para el BBVA, o para el BCE, y que actualmente preside la Autoridad Fiscal independiente, escribía un artículo en El País, titulado *“La soberbia de los economistas limita su eficacia”*. Y en este artículo se exponían datos como los siguientes: en una encuesta realizada entre profesores norteamericanos, el 25% de los sociólogos o el 32% de los historiadores pensaba que el conocimiento logrado a través de una sola disciplina, era siempre peor que el conocimiento interdisciplinar. Es decir, la gran mayoría de los sociólogos y los historiadores pensaba que siempre es más eficaz una aproximación interdisciplinar al análisis de la realidad.

Sin embargo, entre los economistas la percepción era radicalmente contraria: casi el 60% de los economistas creían que era más eficaz el conocimiento asociado a una única disciplina. En ese mismo artículo se citaba también otra encuesta en la que la mayoría de los estudiantes de economía consideraban que ésta era la más científica de todas las Ciencias Sociales.

Resulta llamativo como la ilusión de querer interpretar las voluntades y comportamientos humanos en función únicamente de cuanto las personas están dispuestas a pagar por las cosas en un momento dado –esa conducta expresada en la idea del *homo economicus*-, puede haber llegado a seducirnos tanto. Y es que, empeñados como parecemos en reducir el mundo a lo que puede ser medido en

términos monetarios, acabamos dejando de lado, no sólo el mundo físico y el mundo social, con sus pautas y leyes de funcionamiento, sino que, muchas veces, despreciamos también la colaboración con especialistas de otras disciplinas que nos están advirtiendo, día sí, día también, del caos social y ecológico que están generando las decisiones tomadas desde esa perspectiva nuestra, unilateral y reduccionista.

El admirado Jose Luis Sampedro, antes de dejar su Cátedra de Economía para deleitarnos con sus maravillosas novelas, escribió un breve ensayo titulado *“El reloj, el gato, y Madagascar”*, en el que explicaba la diferencia sustancial entre el funcionamiento de un reloj –sometido a las leyes de la mecánica y de la física-, la vida de un gato –sujeta a las leyes de la biología- y el comportamiento de una sociedad, como la de Madagascar, determinado por complejas y cambiantes pautas sociales, relacionadas con un amplio abanico de cuestiones.

Recordaba Sampedro, con esta metáfora, que una máquina constituye algo distinto a un animal; que ambos son a su vez diferentes de una sociedad, y que una sociedad no puede reducir a ninguno de los otros dos. Hacía Sampedro esta afirmación tan obvia, para explicar a los jóvenes economistas que los métodos de estudio deben adaptarse siempre a la naturaleza del objeto estudiado. Y esto es algo que olvidan casi siempre quienes pretenden imponer una metodología para el análisis económico cada vez más alejada de la realidad de los comportamientos y los anhelos sociales, y de las dinámicas de los procesos de la naturaleza.

Últimamente, algunos renombrados economistas, viendo las dramáticas consecuencias sociales y ecológicas que aparecen de manera recurrente, tratan de matizar algunos puntos de vista sostenidos en las tres últimas décadas, y reclaman una mayor apertura intelectual, reconociendo que hay que fijarse en un mayor número de asuntos. Ahora bien, el tema no es sólo que la ciencia económica se preocupe también por la desigualdad o el cambio climático. Ello es sin duda necesario. Pero la cuestión central es cómo, y con qué perspectiva metodológica, se abordan estos temas.

Porque, mientras queramos seguir midiendo el funcionamiento social únicamente en términos monetarios, como si las personas y los grupos humanos fueran máquinas que responden siempre y en cualquier circunstancia de la misma manera; o mientras sigamos empeñados en observar los flujos monetarios sin atender también a los flujos de energía y de materiales, que son los que verdaderamente impactan en el medio ambiente... me parece que no conseguiremos avanzar mucho.

Ahora bien, para cambiar el paso, para analizar y comprender una realidad tan compleja, necesitamos de un trabajo multidisciplinar, necesitamos bajarnos un poco del pedestal, reconocer las limitaciones de nuestra disciplina, y colaborar activamente, en pie de igualdad, con otros profesionales y con otros académicos.

Todo esto tiene, en mi opinión, bastante que ver con la comprensión y con la posibilidad de abordar los ODS –y todo lo que representan- por parte de los economistas. Para poder entender y hacer frente a problemas como la pobreza y la desigualdad; el cambio demográfico y la conciliación familiar; el futuro del empleo frente a la mecanización

acelerada de los procesos industriales y de servicios; la contaminación de los océanos, o el cambio climático, hace falta pensar en claves que están, hoy por hoy, bastante alejadas de los marcos conceptuales y analíticos con los que trabaja la mayoría de los economistas. Y hace falta también revertir el acelerado proceso de mercantilización de todos los órdenes de la vida, pues el mismo es incompatible con los ODS.

Voy terminando. Hace ahora cinco años tuve el honor, junto a otros compañeros y compañeras, de encabezar un pronunciamiento realizado por casi 300 economistas con motivo de la reunión celebrada aquí en Bilbao por el Foro Económico Global, con la participación del FMI, el BM y otras instituciones. En dicho documento, decíamos, entre otras cosas, lo siguiente:

“En las actuales circunstancias, consideramos restrictivo e inoportuno plantear el debate sobre nuestro futuro económico y social sobre premisas y referencias reduccionistas que no hacen sino contribuir a la confusión, y a agravar los problemas. Consideramos que los negocios, y la rentabilidad que pueda obtenerse de la actividad económica, deben plantearse dentro de unas reglas de juego inspiradas en el interés colectivo y no al revés como sucede en la actualidad”

Creo sinceramente, que, cinco años después, todo ello sigue plenamente vigente. Porque, para avanzar hacia los ODS, se requieren cambios de gran envergadura en la manera de producir y de consumir. Y para ello es necesario a su vez cambiar la forma de pensar, cambiar el chip a la hora de entender el funcionamiento económico.

En mi modesta opinión, no deberíamos seguir tratando de interpretar el mundo con herramientas que no sirven, pues corremos el riesgo de seguir equivocándonos.

No deberíamos seguir contabilizando como creación de riqueza actividades que representan la destrucción masiva de recursos, cuyo coste de reposición es tremendo, y debería ser estimado.

No deberíamos seguir contabilizando como inversiones extranjeras las inversiones en cartera en empresas fantasmas, cuando el propio FMI nos está advirtiendo de que el 40% de ellas no son realmente inversiones sino mera evasión fiscal.

Ni tampoco deberíamos seguir calculando los costes de producción de un sinnúmero de actividades sin tener en cuenta la contribución a las mismas de la economía reproductiva y la esfera los cuidados. Y así, otras muchas cosas, que nos dificultan, o nos impiden, ver y comprender una parte de la realidad.

Se anuncian malos tiempos para la economía mundial, agravados por la mediocridad y la estulticia de algunos políticos que, incomprensiblemente, están al frente de algunos países. Ello puede suponer que, de nuevo, todos estos temas queden en el olvido, para volver a poner en primer término los indicadores de coyuntura, con el objetivo de recuperar el crecimiento y el comercio internacional al precio que sea, aunque sea agravando la crisis sistémica en la que nos encontramos. Ya se hizo así hace diez años y es muy probable que, ahora, se caiga en el mismo error.

Termino volviendo al principio, y agradeciendo al Colegio este premio que recibo con muchísima ilusión. Y quisiera agradecer también la voluntad mostrada por el Colegio Vasco de Economistas para reconocer y premiar el trabajo sobre temas y perspectivas distintos de los que ocupan normalmente a la mayoría de la profesión, como son éstos de los que os he hablado.

Ojalá que los y las economistas consigamos buscar salidas en ese laberinto que mencionaba en su libro Roberto Velasco. Pero, para ello, necesitaremos sin duda de mayores dosis de humildad y de mucha más colaboración e intercambio de ideas con otros profesionales. Un intercambio que, además, no puede basarse en que los demás adapten sus propuestas al marco establecido por los economistas, sino en la búsqueda de caminos nuevos que respondan a la realidad del funcionamiento social, y tengan en cuenta asimismo las leyes de la naturaleza.

Robert Skidelsky, biógrafo de Keynes, atribuye al gran economista de Cambridge una frase que, más recientemente, se ha puesto también en boca, o en la pluma, de otro gran economista y Premio Nobel de economía, Amartya Sen. Se trata de una aguda observación, que independientemente de su paternidad intelectual, no debería olvidarse y que dice lo siguiente *“Es preferible tener la razón de manera aproximada que estar exactamente equivocados”*.

Además de agradecer de nuevo el premio, quisiera finalizar recordando algo que es bastante obvio: que el trabajo que he podido realizar a lo largo de todos estos años habría sido imposible sin la contribución y el apoyo de muchos y muchas colegas.

Por ello, quiero agradecer su colaboración y ayuda a mis colegas de departamento; a toda la gente del Instituto Hegoa; a mis compañeros y compañeras de la Facultad, en cuyo centro de Donosti he sentido tanto apoyo y tanto cariño a lo largo de los últimos años; a los y las colegas de la Sociedad de Economía Mundial, la Asociación de Economía Crítica, y la Red Española de Estudios de Desarrollo. En fin, a muchas gentes y colegas de distintos ámbitos y lugares.

Pero, sobre todo, quiero acordarme de la colaboración prestada, de manera permanente e incondicional, por un grupo humano estupendo, como es el Grupo de Investigación sobre Políticas de Desarrollo y Cooperación Internacional, que me ha acompañado a lo largo de bastantes años, y con quienes tantas cosas he compartido.

Eskerrik asko zuen arretagatik eta, berriro ere, mila esker Ekonomiskak Euskal Elkargoa, sari honengatik